



LUIS I. SORIANO

(1903 - 1973)

LUIS IGNACIO SORIANO

Dotado de excelsas calidades y prendas -vigorosa inteligencia, memoria feliz, corazón generoso, carácter íntegro-. Soriano descolló desde muy joven, no obstante su incoercible modestia, entre la gente estudiosa de su generación. Si como universitario ganó el premio Ponce de León, que sólo se discierne a quienes ocupan el primer lugar entre los condiscípulos durante toda la carrera, ya doctorado se acreditó como profesional idóneo y responsable en los muy diversos cargos, de carácter público y privado, que sirvió. Díganlo, si no, sus labores en el Instituto Geográfico, en la construcción de las represas del Muña y el Teusacá y en la intervención de los edificios del Banco de la República y de la biblioteca Luis Angel Arango, entre otros de no menor significado.

Recién salido de las aulas universitarias, entró a desempeñar el cargo de Secretario de la Facultad de Ingeniería y aunque su paso por allí fue corto, supo colaborar eficazmente en la obra de remozamiento del plan de estudios en que se había empeñado el entonces rector del claustro, Julio Carrizosa Valenzuela. Luego de un interregno próximo a los quince años de ejercicio profesional activo, Soriano regresó a su antigua facultad, para consagrarse de lleno a lo que, realmente, constituyó indeclinable vocación de toda su vida: el estudio y la cátedra de matemáticas, ciencia en la cual alcanzó, por su propio esfuerzo, un nivel de conocimientos muy superior al de sus colegas de ingeniería. En el ajetreo docente, cumplió a cabalidad con los dictados de auténtico maestro, que sabe conciliar el rigor probatorio de la asimilación discente y la generosidad en la transmisión de conocimientos; así, quien se acercaba a él para procurarse orientación o conse-

jo oportuno sabía encontrarlos abundantamente y con amplitud nunca desmentida. Ho-
gaño, cuando la figura del catedrático universitario ha venido demeritándose ante la
gente colombiana, debido a la proliferación de universidades de muy dudoso nivel
académico o a razones políticas de sobra conocidas, Soriano encarnaba la figura
del "schollar" o docente europeo que al lado del sólido respaldo científico de su
ramo, posee una cultura humanística con la cual puede abrir su mente a la libérrima
comprensión de los múltiples fenómenos del proceso vital. Para enseñar desde la
cátedra algo útil es menester que quien lo intente sepa transmitir calor de humani-
dad a cuanto dice, y en este sentido nuestro amigo llenó cabalmente la tarea pro-
puesta. Tenía, también, él para los usufructuarios de su amistad, muy seria y ex-
tensa información en diversas provincias del conocimiento y un criterio afortunado
para juzgar de los hechos cotidianos y de sus motivaciones más recónditas. Afec-
tada seriamente su salud en los últimos años, debió cambiar la docencia por la in-
vestigación, en la que se propuso como meta próxima rescatar del olvido el nombre
de los compatriotas que, a partir de la época augural de Mutis, consagraron sus
empeños al estudio y enseñanza de las ciencias exactas; era esa una empresa que
le había apasionado desde joven y a la cual volvía con rico bagaje de conocimien-
tos y quizá con la sensación premonitoria de su pronto ingreso al mundo espiritual
de quienes le antecedieron en el cultivo de la matemática.

La muerte, que sorprendió a Luís Ignacio Soriano en plena actividad intelec-
tual, no obstante su precario estado físico, ha traído luto al conmovido círculo fa-
miliar y de amigos y grave pérdida a la ciencia colombiana, que no sabrá resignar-
se fácilmente a ella.

Gustavo Perry Z.